

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 13 de Agosto de 1925

Las colonias escolares siembran el bien

La voluntad humana es libre, pero la acción depende, más aún que de la inteligencia, del sentimiento. Frecuentemente nos decide a obrar el corazón, es éste quien da el primer impulso; luego, el amor propio se encarga de sostener el acto; aquel primer impulso ha creado una situación cuya modificación no depende ya de nuestra voluntad: es un hecho consumado.

Si se lograra purificar el primer impulso, cuánto altruismo y cuanto bien se registraría en los anales de la humanidad. Los actos decisivos de la historia se debieron a un *pronto*, a lo que hemos dado en llamar genialidad. Nuestra vida está influida casi siempre, por no decir siempre, por las pequeñas decisiones que dictara el corazón. Hubimos de pensar que no precisaba movilizar la reflexión, y, sin embargo, aquel *pronto* ejerció definitiva influencia. Por algo se habló de los grandes efectos producidos por pequeñas causas.

Cuanto domine, pues, el sentimiento, ejerce una gran influencia sobre la vida del hombre, y como la sociedad está formada por éste, sobre la sociedad también.

La gratitud es el sentimiento que más domina al hombre; la gratitud no es el fruto de la reflexión, sino del sentimiento. En el niño, la gratitud es fuerza poderosa que le impulsa a obrar, puesto que su inteligencia no le permite aventurar la razón de sus actos en el piélagos de las argumentaciones.

Proporcionar a los niños motivos de gratitud, es hacerlos buenos y generosos, pues así son los actos derivados de ese sentimiento. Si lográramos que los niños sintieran gratitud hacia la sociedad, convertiríamos a esos hombres del futuro en sus más entusiastas defensores, y sus actos reflejarían siempre el amor a la sociedad; el egoísmo se sacrificaría con frecuencia, en bien de la colectividad.

Para conseguir estos efectos precisa hacer bien a los niños, y el bien que éstos juzgan mayor, es el que mayor impresión les causa. Yo he presenciado la vida de los niños en las colonias escolares. Los extremos de regocijo a que se entregan, sus actos alocados, son demostración de cuánto les impresionan la vida del campo, para ellos extraordinaria. Las colonias escolares hacen buenos a los niños. Fomentarlas es crear en ellos una deuda de gratitud hacia la sociedad. Si esa deuda fuese general, si la contrajesen todos los niños, absolutamente todos, se conseguiría un resarcimiento, un cumplimiento de los deberes sociales, no forzado por las leyes y otras medidas coercitivas, sino porque los hombres adquirirían de niños el convencimiento de que la sociedad es buena, y que la gratitud les obliga a corresponder y devolver el bien que de ella recibieron.

Ese es el efecto de las colonias escolares. Esa es la finalidad a que contribuyen cuantos las fomentan.

A. CRIADO LOPEZ

FELIPE LEBON

Historia del gas del alumbrado

(Conclusión)

Felipe Lebon fué repuesto en su destino; pero la guerra diezaba los recursos de Francia y la república, mientras Bonaparte estaba en Italia, no tenía para pagar a sus ingenieros. Lebon escribió al ministro cartas apremiantes para que se le pagase lo que se le debía por sus sueldos, pero todas aquellas peticiones quedaban sin respuesta. Su esposa fué a París, pero sus tentativas resultaron también infructuosas.

En 1801, Felipe Lebon fué llamado a París, como agregado a las órdenes de Blin, ingeniero jefe del empedrado. Entonces obtuvo otro privilegio, que es una verdadera Memoria, llena de hechos y ideas. Habla de las numerosas aplicaciones del gas del alumbrado y de la manera de fabricarle; indica los fundamentos de toda la fabricación; horno de destilación, aparatos condensadores y purificadores, mecheros de pico estrecho; nada deja de mencionarse, ni siquiera la máquina de vapor y los globos. Lebon propuso al gobierno un medio de calefacción y alumbrado de los edificios públicos; pero aquel medio se rechazó. Entonces el desventurado inventor, cansado de tantas tentativas, harto de sufrir tantos sinsabores, pensó en recurrir al público para hacerle comprender la maravillosa utilidad de su invento.

Alquiló el hotel Seignelay, en la calle de Saint-Dominique-Saint-Germain y anunció al público sus experimentos. Hizo colocar un aparato que distribuía la luz y el calor en todas las habitaciones y en el patio; alumbró los jardines con millares de mecheros en forma de rose-tones y de flores; iluminó con el nuevo gas una fuente, cuya agua parecía de este modo luminosa. De todas partes acudió una multitud que venía a saludar el nuevo invento. Alentado Lebon con el éxito, publicó un prospecto, especie de profesión de fe, modelo de grandeza y de sinceridad, monumento verdadero de asombrosa previsión. En el presenta la historia del gas en el porvenir; le ve circular en los anchos tubos, desde los cuales esparcirá la luz por las calles de las capitales venideras.

Por fin todo el mundo hace justicia al ilustre inventor y una comisión nombrada por el ministro, declara que «los ventajosos resultados que han producido los experimentos del ciudadano Lebon, han colmado y aun excedido las esperanzas de los amigos de la ciencia y de las artes.» No poleón I otorga poco después a Felipe Lebon una comisión en el bosque de Róuvray, para organizar la industria de la destilación de la leña y de la fabricación del gas del alumbrado. Desgraciadamente Lebon se vió obligado a emprender muchas cosas a la vez; preparó el gas y produjo ácido acético y alquitrán, que debía enviar al Havre para el servicio de la marina. A pesar de todos los trabajos y

fatigas que había pasado, tuvo entonces un rayo de esperanza; creyó que había llegado al fin el día de la fortuna: su fábrica fué visitada por numerosos sabios y, entre otros, por los príncipes rusos Galitzni y Bolgorowski, que propusieron al inventor, en nombre de su gobierno, que trasladase sus aparatos a Rusia, dejándole en libertad de fijar las condiciones. Felipe Lebon rechaza aquellas brillantes ofertas: en un soberbio rasgo de patriotismo, dijo que su descubrimiento pertenecía a su patria y que ninguna otra nación debía explotar sus trabajos.

Las esperanzas de Lebon, sin embargo, no debían durar mucho tiempo. Algunos enemigos y competidores le causaron mil disgustos y hasta los mismos elementos se volvieron al parecer contra él. Un huracán arruinó la modesta casa que habitaba; poco tiempo después se quemó parte de la fábrica. La fatalidad, como el genio antiguo, parecía caminar contra el desgraciado inventor; pero ni desgracias ni contrariedades podían nada contra aquel carácter invencible, secundado en todo por una esposa tan enérgica como llena de mérito, Felipe Lebon siempre trabajando, iba acaso a triunfar de todos los obstáculos y a realizar sus grandes proyectos de alumbrado, cuando una muerte tan trágica como misteriosa, vino a arrancarle de sus faenas.

El mismo día de la coronación del emperador, el 2 de Diciembre de 1804, fué cobardemente asesinado. Se encontró su cuerpo inerte y sin vida, en los Campos Elíseos. Había recibido treinta puñaladas de una mano que ha permanecido siempre desconocida.

Algunos meses antes, el desventurado Lebon, lleno de fe y de entusiasmo, decía a sus conciudadanos de Brachay: «Queridos amigos míos: dentro de poco os alumbraré y os calentaré desde París a Brachay.»

Esto era posible, en efecto; pero aquellas buenas gentes se encogían de hombros y decían: «Está loco.» Realmente loco estaba, si es verdad que la locura y el genio están tan próximos; pero era uno de aquellos locos de que habla el poeta.

Por largo tiempo, virgen una idea esposo entre los hombres quiere hallar. No hay necio que insensata no la crea, ni cuerdo que la quiera publicar. Déla su mano, despreciando el mundo, un loco, presienta el porvenir, y de su seno, en gérmenes fecundo, bienes sin cuento se verán surgir.

Felipe Lebon era uno de esos locos a que se refiere Beránger: él también se había casado con una gran idea, vivió desgraciado y murió víctima de un crimen odioso. Hoy su obra ha crecido y ha dado fruto el germen que sembró en el campo de los descubrimientos. Su grande y simpática figura es de aquellas que no pueden olvidarse. Aún quedan retratos suyos que nos pintan el brillo de sus ojos vivos y meditabundos, rostro pálido y expresivo, cabellos largos peinados sobre la frente, cuerpo fino, elegante ligeramente encorvado por el trabajo; alma

entusiasta y leal; corazón confiado y generoso; fácil de enseñar, porque no pensaba nunca en el mal; cariñoso, porque siempre se acordaba del bien. Tal es el retrato de Felipe Lebon. Puede decirse de él lo que decía Voltaire de su héroe Zadig: «Todos le admiraban, y sin embargo le querían.»

Permítasenos resumir su vida en esta frase de uno de sus admiradores: «Supo adquirir más aprecio que fortuna.»

La viuda obtuvo a su muerte una pensión de mil doscientos francos y quiso continuar la obra de su marido; pero a pesar de sus esfuerzos y de su perseverancia, consumió en vano toda su energía, que se estrelló contra otros obstáculos y otra desgracias.

¿Quieres hablar y escribir bien?

Desde luego responderás que sí, porque para vivir en sociedad es preciso expresarnos con cierta corrección de lenguaje, y además, cuando no otra cosa, hemos de escribir cartas a nuestros padres, parientes y amigos. No podéis imaginaros el pésimo efecto que hace escuchar la conversación de un niño o de un hombre y notar palabras impropias, vulgarísimas, oscuras, y además balbuceos, poca firmeza en los pensamientos, etc. Parece tal conversación un borracho haciendo eses.

Idéntico efecto nos produce una carta mal escrita; creed que al llegar a manos de las personas cultas ejemplares de esa especie, se forma un deplorable concepto de quien la escribió. En cambio, una carta con letra, aunque no hermosa, bien trazada y clara, con los pensamientos delicados, las palabras propias y el conjunto agradable, deja una buena impresión en el espíritu y formamos excelente juicio del niño o del hombre que nos la dirigió.

De manera, que, como veis, todos hemos de practicar el arte literario, aun aquellas gentes más distanciadas de él; todos *hacemos* literatura, y es indispensable tener algunos conocimientos de ella para desenvolverse bien en la vida social.

Imaginaos que vais a construir un edificio. Necesitáis, además del solar, tener preparada la cal, el yeso, la madera, el hierro y demás materiales; pues bien, esto es la Gramática, o sean, las palabras cada una con su valor y el conocimiento previo para ordenarlas y emplearlas.

¿Tenéis ya los materiales? ¿Sabéis emplearlos? Ahora falta distribuir las partes con relación al todo, esto es, saber dónde ha de estar la escalera, dónde el pasillo, dónde el cuarto de baño, etc.; pues bien, esto es lo que llaman aquellos que saben más que nosotros *Preceptiva literaria*, o conocimiento de los distintos géneros literarios: poesía, comedia, novela, historia, etc., etc.

Finalmente, lo que llaman *Retórica* es lo que por una parte enseña a formar los tabiques, los pisos; los techos, es decir: las partes para dicho todo, y además los medios para lucir las paredes, adornarlas, embellecerlas...

No sé si me habréis comprendido, pero como resumen os diré que, ya no para los que aspiréis a ser escritores, sino para todos, conviene que sepais la Gramática, que es la harina para amasar; Preceptiva o manera de dar calidad y forma a las diversas clases de panes; y Retórica, o modo de pulirlos y presentarlos de modo que llamen la atención del público.

ANDRESITO

CONSEJO DE LA EXPERIENCIA

Escucha, amada mía, mi sincero consejo, y acaso así te evites amargos desengaños; no temas, que las niñas me tratan como a viejo y llevo en mi cabeza la nieve de los años!

No escondas el tesoro de tiernos sentimientos que dentro de tu alma encontró mansión bendita, ¡la flor abre su cáliz al roce de los vientos; sin ver que con su roce la dejarán marchita!

El hombre es un esclavo de anhelos bien crueles que busca los perfumes de flores variadas, ¡es cual voluble abeja que liba dulces mieles y luego aquellas flores las deja abandonadas!

Esconde tu cariño, igual que su tesoro oculta al hombre, avaro de dichas materiales, y seca cuidadosa las perlas de ese lloro que empañan de tus ojos los lípidos cristales.

Si es dueño de tu vida, si él al na así le quiere, que ignora ese cariño tan puro y verdadero, ¡aquel que vive en sombras es quien el sol prefiere, y la victoria fácil jamás soñó el guerrero!

La voz de la experiencia sin vacilar y aunque es verdad amarga, si es que vencer codicias, piensa que los desdenes en la amorosa lucha al corazón ablandan mejor que las caricias.

No olvides mis palabras, ni olvides mi consejo, que en años y en tristezas mis advertencias fundo, y piensa, niña amada, que el corazón de un viejo es libro en que se aprende a conocer el mundo.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

Los hombres más pequeños del mundo

Hace veintitrés siglos que fué indicada vagamente la existencia de un pueblo de enanos, cerca de las fuentes del Nilo. Después no se volvió a saber nada de él hasta que en 1871 el explorador Jorge Schwein Futh señalaba la presencia de un pueblo enano, cerca de la orilla occidental del lago Alberto Nianza, que resulta precisamente la fuente del Nilo.

Desde entonces no han faltado visitantes para esas gentes pigmeas. Digamos de paso que esa palabra procede del griego antiguo, y quiere decir «alto como el puño».

Una de las más recientes visitas a los pigmeos la hizo una expedición norteamericana, que fué enviada oficialmente por su Gobierno para estudiar el caso.

Los pigmeos viven en pequeñas agrupaciones. Sus cabañas resultan minúsculas: de altura y anchura no pasan de metro y medio. Esas gentes extrañas tienen miramientos para las mujeres que se casan y tienen hijos; pero si no los tienen, las hacen servir como criadas y les confían las faenas más pesadas.

Los viejos son los custodios del fuego, función importantísima, vital, porque si el fuego se apagase precisa esperar que un rayo incendie un árbol, o un bosque, para tener fuego: los salvajes aquellos no saben producirlo.

Comen frutas, aves, peces... y unas hormigas grandes que por allí hay y que preparan de muchas maneras, a cual más desagradable para un estómago europeo.

Las razas y las aldeas

Cuando se viaja por Europa, aun sin salir de un mismo país, se observa que las aldeas parecen obedecer en la disposición de sus edificios a tres planes distintos.

Unas veces, las casas aparecen diseminadas en una extensión de terreno muy grande; otras, se aglomeran a uno y otro lado de una vía principal; y otras, se agrupan sin orden alrededor de un edificio importante, que suele ser la iglesia.

Indudablemente, las condiciones del terreno influyen mucho en estas diferentes disposiciones, pero los etnógrafos piensan que también dependen de la raza a que pertenecía o de que descendía la familia que fundó la aldea.

De este modo pueden establecerse tres tipos fundamentales: el tipo celta, que consiste en casas y granjas diseminadas; el tipo germánico, que produce la aldea aglomerada, sin orden, y el tipo eslavo, que es el pueblo aglomerado a los lados de una calle central.

CONFESIÓN

Plegó sus blancas alas mi fe pura, y el llanto del dolor cegó mis ojos; vanos los ruegos, vanos los enojos, contra la suerte inexorable y dura.

De mis dorados sueños de ventura, no quedan más que míseros despojos, y las antiguas flores son abrojos, y el claro ambiente corazón oscuro.

Peró aunque oscuro y pobre peregrino, ni el porvenir incierto me intimida, ni me postra el cansancio del camino.

A recia tempestad, sigue bonanza; y de los mismos choques de la vida, brota hermosa la luz de la esperanza.

R. VILENA

CUENTO

ANITA Y PEPITO

Un leñador tenía dos hijos, llamados Anita y Pepito.

El pobre leñador pasaba grandes apuros para mantener a su familia.

A atormentado por este pensamiento, dijo a su mujer que era madrastra de los niños:

—¿Cómo vamos a dar de comer a esos pobres hijos?

—Lo que podemos hacer—le respondió su mujer— es llevar los niños a lo más intrincado de la selva.

—Yo no puedo hacer eso con los hijos de mi corazón. ¿Dejarlos en el bosque a merced de los lobos?

—No tengas cuidado; lo natural es que los recoja alguna persona caritativa, y de seguro lo pasarán mejor que a nuestro lado.

Nuestro hombre acabó por consentir. Pero es el caso que los niños lo habían escuchado.

—¡Estamos perdidos!—exclamó la niña llorando amargamente.

—No te apures—le dijo Pepito—; yo sé volver a casa.

Diciendo esto, el niño salió al campo, y se llenó de guijarros los bolsillos.

Al día siguiente los despertó la madrastra. Al ponerse en camino se arregó el muchacho de manera que siempre se iba quedando detrás, para señalar el camino con los guijarros de que se había provisto. Llegaron a un sitio de los más difíciles de la selva y dijo la madrastra a los dos hermanitos:

—Quedaos aquí recogiendo leña seca; vuestro padre va a derribar una encina

un poco más allá. A la tarde vendremos a buscarlos.

Vino la noche, y sus padres no volvieron. Salió la luna, y los guijarros que el niño había sembrado en la senda brillaban de trecho en trecho como si fueran monedas de plata. Guiándose por ellos llegaron a su casa, y el padre los abrazó lleno de alegría.

Al cabo de algún tiempo, dijo la mujer a su marido: estamos para morirnos de hambre; no tenemos trabajo. No hay más remedio que dejar a los niños en el bosque, más lejos que el otro día, y que los ampare Dios.

Pepito iba a llenarse los bolsillos de piedrecitas; pero encontró la puerta cerrada, y el muchacho no pudo salir.

Por la mañana temprano se pusieron todos en camino. Pepito, que marchaba el último, regó el camino con migas de pan.

Llegada la noche, el astro apareció; pero las migajas se las habían comido los pájaros.

Al tercer día de marcha se encontraron delante de una casita cuyas paredes eran de almendras y caramelo. Se pusieron a comer con apetito, cuando se oyó en el interior de la casita una voz que decía: ¿quién se estará comiendo la pared de mi casa?

Y asomó una vieja, diciéndoles: entrad, hijitos, podeis vivir conmigo, y seréis tratados como príncipes.

Pero la picara vieja, ¿qué os parece que era? Pues un ogro, y había hecho su casa de azúcar para atraer a los niños y luego comérselos.

Cuando hubieron descansado, la finida vieja los condujo a un corral y empujó a Pepito, encerrándole en un gallinero.

La niña trató de reprimir su pena, y ayudaba a la vieja a cocinar. Todos los días la vieja daba la comida a Pepito; y cuando llegaba, le mandaba que sacara un dedo por los huecos del gallinero, para ver lo que engordaba; pero el chico, enseñaba un hueso de pollo.

—Mañana,—dijo la vieja a Anita— que es mi cumpleaños, me voy a regalar con un asado. Voy a matar a tu hermano, necesito pan, amasa y enciende el horno.

Comprendiendo Anita la intención de la vieja, respondió: es que no voy a caer.

—Mirame bien que voy a enseñarte como se entra. La vieja se agachó, y la niña le dió un empujón, haciéndola caer dentro del horno, y enseguida cerró y echó el cerrojo.

Después de abrirle la puerta a Pepito, encontraron en la casa muchísimas riquezas, marchándose luego en busca de sus padres.

No tardaron en hallarse ante su padre, a quien abrazaron y entregaron los tesoros.

Protejieron a los pobres y vivieron felices.

Fábulas de Lafontaine

El León y el Ratoncillo

Importa favorecer y obligar a todos. Muchas veces puede sernos útil la persona más insignificante. Dos fábulas puedo alegar en apoyo de esta máxima: tanto abundan las pruebas.

Un Ratoncillo, al salir de un agujero, vióse entre las garras de un León. El Rey de los animales, portándose en aquel caso como quien es, perdonóle la vida. No fué perdido el beneficio; nadie creería que el León necesitase al Ratoncillo; sucedió, sin embargo, que salien-

do del bosque, cayó el valiente animal en unas redes, de las que no podía librarse a fuerza de rugidos. El Ratoncillo acudió, y royendo una de las mallas dejó en libertad al selvático monarca.

Paciencia y constancia consiguen a veces más que la fuerza y el furor.

La Paloma y la Hormiga

El otro ejemplo está sacado de animales más pequeños.

En un cristalino arroyuelo bebía una Paloma. En esto, cayó al agua una Hormiga, y la infeliz bregaba en vano dentro de aquel océano para cobrar tierra. La Paloma fué caritativa: una hoja de yerba, que echó al arroyo, fué para la Hormiga promontorio salvador.

A poco, pasó por aquel punto un muchacho descamisado y descalzo, armado de un ballesta. Así que divisó a la amable ave de Venus, juzgola ya en su marmita, y se relamía los labios; pero cuando aprestaba el arma, la Hormiga le pica en el talón. El mozo vuelva la cabeza, la Paloma lo advierte y echa a volar. Y voló también la cena del ballestero.

Curiosidades del número 9

Una de ellas es la siguiente: Formad un número con todas las cifras del 1 al 9, o sea:

1 2 3 4 5 6 7 8 9

multiplicadlo por 9, y veréis como el producto es un número extraño; salvo la penúltima cifra, todas las demás son repetición de la primera.

Otra particularidad: si se resta de un número la suma de sus cifras, el residuo es un múltiplo de 9. Ejemplo: el número 867. La suma de sus cifras es 21. Ahora bien; 867 menos 21 dan como resultado 846, que es múltiplo de 9 (94 por 9).

Vaya una última particularidad: Escoged un número cualquiera, invertid el orden de sus cifras, se formará, claro está, otro número. De los dos números resultantes, se resta el menor del mayor; pues bien, el residuo resulta ser un múltiplo de 9; así, por ejemplo: 82 invertido resulta 28. Si de 82 resto 28, queda 54, que, como se ve, es un múltiplo de 9.

CHISTES

Una cosa es criticar...

Pocos días después de haberse estrenado una comedia que fué duramente censurada por la crítica, encontró el autor a la salida del teatro a uno de los reviseros que le habían tratado peor, y le dijo:

—Usted no es capaz de escribir una escena, y juzga usted las obras de los demás.

—Dispense usted—le replicó el escritor—, pero esa razón es absurda. Nuestros magistrados juzgan todos los días a ladrones y asesinos y tampoco son capaces de hacer lo que ellos.

Buen recordista.

En cierta ocasión mandó un capitán a su asistente que se enterara del título de la función que se daba aquella noche en el teatro. La que se anunciaba era *Angelo, tirano de Padua*.

El soldado dijo a su amo que se representaba la comedia: *Angel tirando de Paula*.

El mejor empleo.

Un amigo de un literato de mucho talento, pero poco fechado, le predicaba en una ocasión sobre las consecuencias de su mala vida y le reprendía el tiempo que perdía en orgías y en la ociosidad.

—Si trabajases—le decía—, ganarías dinero y estarías bien.

—No tengo tiempo—decía el otro.

—¿Por qué no buscas un empleo? Entonces podías tener unas cuatro mil pesetas.

—¡Cuatro mil pesetas!—repuso el literato indignado—; gano mucho más pidiendo prestado.